

# INTUICIONES DIFÍCILES: ITALO CALVINO Y EL OFICIO DE HISTORIADOR<sup>1</sup>

**OLAYA SANFUENTES**

Instituto de Historia  
Pontificia Universidad Católica de Chile  
Santiago de Chile  
Chile  
osanfuen@uc.cl

Para alguien que intenta practicar el oficio de historiador y que está siempre mirando lo que ocurre en otras disciplinas, el encontrarse con Italo Calvino se convierte en un regalo y en una posibilidad de diálogo permanente y de nunca acabar. En su pasión por la vida en general, Calvino reflexionó sobre todo lo que se puede reflexionar. Desde una curiosidad innata, una responsabilidad a prueba de todo y una cultura exquisita, Italo Calvino nos

---

<sup>1</sup> Ponencia leída en el seminario *Italo Calvino: mundo escrito y mundo no escrito*, organizado por el Departamento de Humanidades, Universidad Andrés Bello, 11 de agosto de 2014.

ayuda a pensar los conceptos que usamos y las prácticas que realizamos los historiadores. Y más aún, puede acompañarnos en la comprensión de eventos concretos que la historiografía ha intentado comprender y dilucidar. Y lo hace revelando los problemas universales tras esos eventos, junto con sus posibilidades para reflexionar nuestro mundo contemporáneo.

A Calvino le interesan el tiempo y el espacio, las coordenadas básicas en que el hombre se mueve. Ejemplos de estas preocupaciones hay muchos en su obra, pero especialmente marcadores para mí fueron sus escritos en *Colección de Arena*. En el primer relato, Calvino nos introduce a un coleccionista de arena que viaja por el mundo y al llegar a una playa, orilla de río, desierto o lago, recoge un puñado de arena y se lo lleva. De esta forma, Calvino, con su especial lenguaje, nos da cuenta del mundo del coleccionismo y nos hace pensar sobre la necesidad de ganarle al tiempo su inminente paso y las diferentes formas a las que el hombre acude para poder recuperar ese tiempo que se va y deja huellas. El coleccionismo es una de esas estrategias para poder conservar recuerdos de una experiencia ya vivida o para tener especímenes de un mundo que ya se fue. Al respecto, nos dice Calvino “como toda colección, también ésta es un diario: diario de viajes, claro está, pero también diario de sentimientos, de estados de ánimo, de humores...”.

El ejercicio de la historia es otra de esas prácticas que el hombre cultiva para poder recuperar parte del pasado y comprenderlo. Y como las colecciones de arena, intenta poner los fragmentos que encuentra en los contextos adecuados para comprender y empatizar con aquellos que vivieron antes. Intenta ordenar los retazos del pasado. Más adelante, dice Calvino: “a un puñado de arena, le falta el brillo del mar; lejos de México, la arena mezclada con lava del volcán Parícutín es un polvo negro que parece salido de la boca de la chimenea”. Lo que percibimos es que falta el contexto con sus olores, sabores, sensaciones, actores. Sentimos que la distancia temporal y espacial con el evento recordado nos aleja del sentimiento agudo del momento. Y entonces surge la nostalgia, la desazón por no encontrar esa sensación original que se tenía en el tiempo pasado. Y de nostalgia también sabemos los historiadores.

En “El viandante en el mapa”, dentro de la misma colección, Calvino vuelve a hablar de viajes, esta vez para referirse a la relación de tiempo y

espacio, las dos coordenadas fundamentales que nos interesan a los historiadores. Y lo hace para demostrarnos que la primera necesidad de fijar sobre el papel los lugares va unida al viaje: es el recordatorio de la sucesión de las etapas, el trazado de un recorrido. Con esta reflexión, queda para mi gusto justificado el viaje como un tema historiográfico, una posibilidad cierta de hacer interdisciplina, comotanto se busca hoy día, para dedicarse a un tema que muestra una necesidad universal del hombre que debe trasladarse por el motivo que sea y “abarcar en una imagen la dimensión del tiempo junto con la del espacio”. Esta necesidad, diría Calvino, está en los orígenes de la cartografía, reflexión que le surge tras visitar la exposición “Mapas y figuras de la Tierra” (1980), presentada en el Centre Pompidou de París.

Otra forma que tenemos de ganarle al radical de tiempo es el uso que hacemos de la memoria. En *La gran memoria del mundo*, cuento magistral para mi gusto, Calvino nos presenta a un archivero que lo recoge y conserva todo, incluso las cosas más inútiles y ridículas. Ahora bien, lo hace para dejar ordenada una visión de un hecho que lo involucra en un acto delictual. Manipula los documentos destruyendo los que no le convienen y generando otros falsos, para que la historia lo recuerde de una forma y no de otra. Es un cuento que nos evoca las posibilidades de uso y abuso de la memoria y contiene varias frases que nos muestran a ese Calvino temeroso por un mundo automatizado y privado de libertades por el que tanto luchó. Como cuando nos alerta frente a una iniciativa del

centro de documentación más grande que jamás se haya proyectado, un fichero que recoja y ordene todo lo que hoy se sabe de cada persona y animal y cosa, con vistas a un inventario general no sólo del presente sino también del pasado, de todo lo que ha habido desde los orígenes, en resumen, una historia general de todo contemporáneamente, o mejor un catálogo de todo, momento por momento.

Y claro, por último, está la historia.

La historia es el ejercicio que hacemos algunos para intentar comprender aquellos acontecimientos pasados. Lo hacemos desde el objetivo —o al menos el anhelo— de llegar a la verdad. Una mala utilización de

la historia puede llevarnos a oficializar ciertas visiones y negar el ejercicio libre que implica interpretar los documentos.

En “Un general en la biblioteca” se muestra el peligro que significa, en sociedades no democráticas, la lectura de interpretaciones de la historia que no concuerden con la historia oficial. Un militar de alto rango sospecha de los libros que hay en una biblioteca, porque hablan de generales y militares que pueden equivocarse. Entonces se interviene esta biblioteca y con horror se descubren libros que se refieren más a los romanos cuando hablan de las guerras púnicas; otros escritos que sospechan de la pureza de los ideales de las cruzadas, libros en que las tropas quedan mejor paradas que los oficiales, otros en que no se respeta el orden jerárquico. No obstante, lo que ocurre después —y no voy a contar el final— es que algunos militares lectores comienzan a tener sentimientos encontrados frente a lo que leen.

Y luego está la reflexión de Calvino frente a eventos históricos concretos que han cambiado la historia de la humanidad. Como es el caso del así llamado “Descubrimiento de América”.

El descubrimiento de América ha sido catalogado como uno de los eventos más cruciales en la historia de la humanidad. Efectivamente, el mundo nunca más fue el mismo a partir de entonces.

Los niveles de conciencia respecto a la envergadura del suceso variaron en un comienzo dentro de un amplio abanico: siguiendo a Colón, muchos pensaron que habían llegado a Oriente y sin mayores cuestionamientos, utilizaron esta creencia para alimentar sus afanes de grandeza, sus ambiciones políticas y económicas y el mesianismo propio de la Corona española. Al otro lado del espectro estaban aquellos que comenzaban a experimentar un incipiente espíritu científico pero que, sin poder proporcionar una alternativa de interpretación, dudaban de la naturaleza oriental de las tierras recién descubiertas.

Los derroteros de esta gran masa de tierra que inauguró su vida dentro de la historia occidental hacia 1492 van de la mano de la historia de la naturaleza otorgada por Europa desde aquel entonces. Sin negar la participación de la propia América en el proceso de adquisición de una identidad, hay que decir que Occidente miró a estas nuevas tierras a su

imagen y semejanza, bajo la lente de sus propias esperanzas, expectativas y frustraciones.

Desde un comienzo la literatura acogió a América y el proceso de adquisición de una identidad que este continente supone. Su afán era poder representar lo que ahí ocurría. Se utilizaron diferentes figuras y metáforas para hablar de cómo América era un espacio donde se podía comenzar de cero, donde se podían llevar a cabo las utopías y los experimentos más extraños. Una suerte de continente vacío que podía poblarse y llenarse al antojo europeo. La reflexión frente a lo que significaba América para Europa comenzó desde el minuto mismo del revelamiento de su existencia y se prolongó hasta el día de hoy, cuando todavía tenemos dudas respecto a si Europa ha sabido realmente descubrir la verdadera naturaleza del continente americano.

Dentro de esta trayectoria literaria, quiero detenerme en el aporte que hiciera Italo Calvino a la reflexión respecto al llamado Descubrimiento de América. Calvino comienza su artículo *Qué Nuevo era el Nuevo Mundo* llamándonos a reparar y detenernos en qué significa lo nuevo. Lo que él releva merece una explicación contextualizada. Cuando Cristóbal Colón llega a América, describe la geografía, la flora y la fauna y al indio americano como especímenes novedosos pero esperables dentro de aquellos mundos orientales donde todo era posible, mundos depositarios de las riquezas y monstruosidades no occidentales. Había un canon de libros de viajes, textos clásicos y religiosos que contenían descripciones de todo lo que se podía esperar de Oriente, pero dejaban también espacio para cosas curiosas o novedosas dentro del esquema. En otro de sus relatos, "El archipiélago de los lugares imaginarios", Calvino emula esa descripción de lugares fantásticos que forman parte de la realidad en la mente del hombre medieval; y lo hace a partir del modelo de descripción de tierras fantásticas que aparecen en las páginas de viajeros medievales aventurados en mares desconocidos, como sir John Mandeville:

En Frívola, isla del Pacífico, la vida es fácil y frustrante: los árboles son elásticos como de goma y sus ramas inclinadas tienden frutos que se disuelven en la boca como espuma; los habitantes crían caballos frágiles e inútiles, que

se aplastan bajo el peso más leve; para arar los campos, basta que las mujeres silben y en el polvo sutil se abren surcos, y para sembrar, los hombres se limitan a esparcir las semillas al viento; en los bosques, las fieras tienen zarpas y garras suaves y su rugido es como un crujido de seda: la moneda local es la agatina, poco apreciada en el mercado de cambio.

Lo nuevo se entendía dentro de la tradición. Por eso es que Cristóbal Colón utilizaría el término “Nuevo Mundo” sin que a nadie le llamase mayormente la atención. Era nuevo, pero dentro de lo que ya se sabía que existía. Distinto fue lo que ocurrió pocos años más tarde con el concepto de nuevo que introdujo el florentino Américo Vespucio. Para él, este mundo que se describía y que él mismo pudo apreciar con sus ojos en sus expediciones atlánticas no había sido visto ni descrito por ningún texto clásico ni por la Biblia y, por tanto, tampoco había sido contemplado en la tradición. En este contexto, Vespucio supo mirar mejor la novedad del continente americano.

Las reflexiones de Italo Calvino, como se puede apreciar tras la lectura del relato, muestran la dificultad humana de ver realmente lo que *a priori* ya consideramos diferente. Desde el prejuicio y las ideas preconcebidas respecto al otro, exacerbamos las diferencias o nos aterrarnos frente a los que no comparten nuestras mismas costumbres, y así colaboramos en la generación de mitos y estereotipos. Del artículo de Calvino, podemos deducir que tanto la literatura como las imágenes resultantes del encuentro con los habitantes de este nuevo continente generaron una idea maniquea del indígena americano.

Estamos frente a un tema que, personalmente, me fascina: el problema de la descripción. Respecto a esto, Calvino nos sugiere asimismo que cada vez que describimos algo estamos, finalmente, hablando de nosotros mismos. Esto se ve claramente en las conversaciones entre un supuesto Gran Kahn Kubilai y un Marco Polo que conversan acerca de las diferentes ciudades que componen el gran imperio del monarca oriental. En *Las Ciudades Invisibles*, el veneciano describe las ciudades de Fedora, Zenobia, Eufemia, Ipazia, Armilla y muchas otras, pero en definitiva, como él

mismo dice, cada vez que trata de describir alguna de estas ciudades está hablando de su querida Venecia.

Según quien sea el que describe, cataloga y clasifica, finalmente podemos decir que en un comienzo hay una visión bastante maniquea del indígena americano. Desde un comienzo, las dos imágenes —tanto la negativa como la positiva e ideal— conviven en los registros del acontecimiento. El mismo Cristóbal Colón, en su carta que le escribiera a Luis Santángel, secretario de los Reyes Católicos, describe a pueblos enteros con características monstruosas, igual como lo hicieran Plinio en la Antigüedad y Marco Polo y sir John Mandeville en la Edad Media. Entre los pueblos que Colón dice encontrar, están los temibles antropófagos y las belicosas amazonas. Cada pueblo vive en su propia isla, emulando la figura de las islas Macho y Hembra que Marco Polo describiera en su obra. Las descripciones que hiciera Colón se nutren tanto de la literatura tradicional de viajes como de las representaciones visuales que circulaban en la época para describir a pueblos monstruosos que habitaban tierras lejanas. La fuerza de la costumbre y de una forma de conocer el mundo a través de los textos se activaron para que Colón encontrara a estos monstruos en las tierras lejanas que se le presentaban.

Por otra parte, desde el mismo Colón es que surgen las ideas asociadas a un paraíso terrenal, una edad de oro perdida y tierras habitadas por amables, generosos y buenos salvajes que encarnan un ejemplo frente a una sociedad cristiano occidental ya perdida por los abusos de la civilización.

Esta es la imagen de Europa frente a los americanos. Ahora bien, ¿qué pensaron los indígenas americanos de estos hombres blancos barbudos que llegaron a sus tierras para quedarse?

El diálogo entre un yo europeo y Moctezuma (el otro) despliega las diferencias fundamentales entre las dos culturas. Moctezuma, en un relato de Calvino del mismo nombre, muestra su mundo cosmogónico y el interlocutor europeo va haciendo preguntas desde su propia cultura. Así, distinguimos las formas diferentes que existen en el desciframiento de signos de unos y de otros. No obstante, una cierta empatía *a posteriori* se adivina en el europeo, quien intenta mostrar el dolor del soberano azteca frente a los acontecimientos históricos; la conciencia azteca del relato europeo

frente a los acontecimientos compartidos. Moctezuma, entonces, repara en la arbitrariedad de esa versión, de esa interpretación de la historia. Las interpretaciones de las profecías y de la historia parecieran ser un asunto más complicado, como sugiere el mismo Moctezuma. Describir una realidad que no se conoce es tan complicado como para los europeos fue describir un mundo que no se conocía ni se contemplaba en la tradición.

En este sentido, el diálogo de Calvino pretende colaborar en el corpus de literatura que se ocupa de la así llamada visión de los vencidos. Con esta visión, los términos absolutos que parecían reinar en las descripciones que los europeos hacían de los americanos, configurando el binomio antagónico de buenos y malos indígenas, se desmorona. Los mexicas describen a los españoles y los pintan, asimismo, como salvajes hombres barbudos, sudorosos y malolientes, que llegan a estas costas con pretenciosas ambiciones a arrasar prepotentemente con todo lo que encuentran a su paso. Hombres en armaduras enloquecidos buscando oro. Y principalmente, el interlocutor europeo facilita el camino para que Moctezuma describa a los españoles como verdaderos traidores e ironiza con la etiqueta de los otros hacia los pueblos americanos. El interlocutor europeo critica abiertamente a una Europa que se siente con derecho a destruir la cultura de los otros, lo que la ha llevado a la perdición. A una situación miserable por haber desperdiciado y mal usado las energías en una mala misión. Le facilita el diálogo para que pueda contar su propia versión de los hechos acaecidos.

No obstante, hay un espacio ambiguo en la interpretación de la cultura del otro azteca, que Italo Calvino también reproduce en su dificultad de analizar y juzgar: nos referimos a los sacrificios humanos de los pueblos mexicas. Nuevamente, el europeo deja hablar a Moctezuma desde su propia cultura y con su propio idioma y no a través de la cultura europea. Muestra el soberano azteca la necesidad de los sacrificios humanos y no se intimida a la hora de compararlos con las atrocidades que se producen en territorio europeo.

Con las líneas anteriores he intentado relevar algunos de los temas históricos aún vigentes de la relación de América con Europa. La compañía de Italo Calvino en este despliegue queda con ustedes para que sigan leyendo entre líneas.